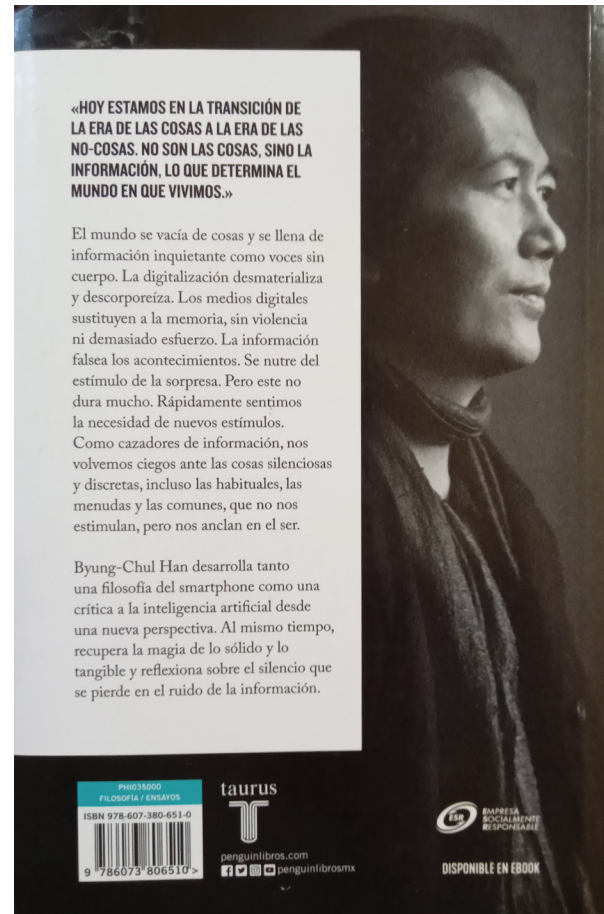
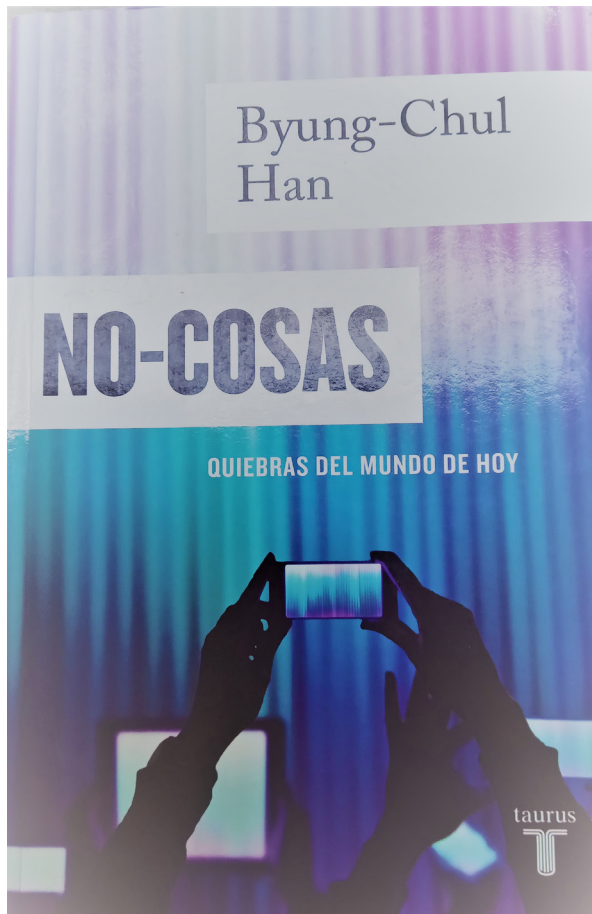


Reseñas Bibliográficas

Byung-Chul Han. 2021. *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. Taurus, México. ISBN: 978-607-380-651-0. 139 pp.



En el mundo actual se está librando una batalla entre las cosas y la información, y aquéllas van camino de la derrota más abrumadora, lo cual acarrea numerosas consecuencias negativas para los seres humanos. Ésta parece ser la idea principal que defiende en este libro el filósofo surcoreano Byun-Chul Han (en adelante BCH), profesor de la Universidad de las Artes de Berlín. El autor explora la idea rectora del libro a través de diversos temas, mostrando un gran conocimiento de la tradición continental de la filosofía,

con lecturas de pensadores como Walter Benjamin, Roland Barthes, Hannah Arendt o especialmente Martin Heidegger.

Esta reseña está estructurada en tres partes: en la primera, exploro el modo en que BCH entiende la transición de las cosas a las no-cosas. En la segunda, expongo una de las reflexiones de BCH sobre el modo en que se comportan las no-cosas a través de un ejemplo concreto, como son los selfis. Finalmente, propongo un comentario crítico general de mi lectura del libro.

José María Filgueiras Nodar, Instituto de Investigación de Turismo de la Universidad del Mar, Ciudad Universitaria s/n, Santa María Huatulco 70989, Oaxaca, México.

*Autor de correspondencia: jofilg@huatulco.umar.mx

De las cosas a las no-cosas

“Hoy –afirma BCH– nos encontramos en la transición de la era de las cosas a la era de las no-cosas” (p. 13). Es la información, una no-cosa en la terminología de este autor, lo que determina y domina el mundo, de modo que el orden terrenal (el de toda la vida, diríamos) va siendo sustituido por el nuevo orden digital. Dado que las cosas nos estabilizan, el dominio conduce a los seres humanos a la inestabilidad. Por ejemplo: el carácter aditivo de la información desbanca a la narración, lo cual priva a la vida de contexto y significado, volviéndola fragmentaria. Es fácil caer en la ‘infoxicación’, puesto que la información se actualiza a altísima velocidad. Este caos informativo nos lleva asimismo al imperio de la post-verdad, a una sociedad en la cual ya no existe el sostén proporcionado por la verdad, la cual requiere de un tiempo del que hoy no se dispone, ya que la información es rápidamente sustituida por nueva información. Lo mismo sucede con la observación detenida, que también requiere de tiempo y que por ello tiende a desaparecer o a volverse irrelevante en el mundo actual. Un mundo en el cual las ‘fake news’ cobran en ocasiones más relevancia que los hechos, debido precisamente a su eficacia a corto plazo.

Los ‘infómatas’, es decir, todos los “actores que procesan información” (p.15), desde un ‘smartphone’ a los asistentes virtuales como Siri o Alexa, aparentemente nos cuidan, nos ayudan a superar la contingencia y sus miedos, poniendo toda la información existente a nuestra disposición. La infoesfera nos libra del trabajo en mucha mayor medida que la esfera de las cosas; esto parece ayudar a tener mayor libertad pero en realidad también nos encadena a una vigilancia y un control cada vez más fuertes. El teléfono inteligente se convierte así una “prisión inteligente” (p. 17), en

la cual el control ejercido por algoritmos que no comprendemos nos despoja de nuestra autonomía. Tal y como señala en otras obras BCH, este control se ejerce de una forma suave, de la cual ni siquiera nos damos cuenta.

Hegel, dice BCH, hablaba en “Filosofía Real” de la herramienta que situamos de manera astuta entre nosotros y las cosas, para evitar nuestro propio desgaste y que debe convertirse en algo que actúa por sí solo. La tendencia actual parece ser que los humanos no sólo dejemos trabajar a las herramientas por nosotros, sino que dejemos pensar por nosotros a los infómatas. Siguiendo a Vilem Flusser, acaba apuntando que el ser humano del futuro, de seguir por este camino, no será un trabajador o un productor, sino un mero jugador; dicho metafóricamente: no usará su mano sino que se limitará a elegir con sus dedos, tal y como se hace ahora sobre la pantalla de un ‘*smartphone*’. Esto implica que no incidirá en absoluto en la realidad, que nunca aportará nada nuevo, puesto que para ello se requiere vencer la resistencia que oponen las cosas. Ese ser humano del futuro, tendrá la ilusión de ser completamente libre, pero vivirá en la “dominación perfecta” (p.24).

Tal alarmante panorama, expuesto en el primer capítulo de la obra, es el que parece estar detrás de todas las reflexiones que vienen después, las cuales conectan con otras obras de BCH, como “La sociedad de la transparencia” o “Psicopolítica”. Entre dichas reflexiones, yo he elegido la referente a los selfis, que trataré en el siguiente epígrafe.

Los selfis

Para BCH, “el selfi anuncia la desaparición de la persona cargada de destino e historia” (p. 52). Tal es la conclusión de un análisis que inicia con la teoría de Roland Barthes acerca de la fotografía (analógica,

por supuesto). Las fotografías analógicas son cosas, cosas frágiles y expuestas a la decadencia o la muerte, pero al mismo tiempo son poderosos medios de resurrección, capaces de devolver a la vida a los muertos. Mientras que las fotografías analógicas provienen de las radiaciones de luz de lo fotografiado, las digitales, por su propio proceso de elaboración, rompen con esa relación existente entre el objeto y la fotografía a través de la luz. Así, si las primeras constituyen un testimonio de la presencia, una afirmación de que “esto ha sido” (p. 47) que cuenta una historia, las segundas carecen de vínculos intensos con el objeto, son episódicas, momentáneas y no poseen ninguna clase de profundidad en la dimensión temporal.

Walter Benjamin decía que el ‘valor de exposición’ de una fotografía desplazaba cada vez más al ‘valor de culto’, entendiéndolo éste como su capacidad ritual, aunque el valor de culto tenía como último reducto al rostro humano (piénsese por ejemplo en algún ser querido que falleció). De acuerdo con BCH, mediante los selfis el rostro humano reconquista la fotografía pero con una carencia absoluta de valor de culto. No sólo se trata de narcisismo: a pesar de lo que pudiera pensarse, éste no constituye la esencia del selfi. Lo más importante es su condición de no-cosa, de información que sólo tiene sentido dentro de la comunicación digital, lo cual lleva a BCH a decir que “su esencia es la exhibición” (p.50), a diferencia de lo que sucede con las fotografías analógicas, que no pocas veces se hacen para ser guardadas, atesorando así los recuerdos. BCH usa a Snapchat como ejemplo paradigmático de la comunicación en nuestros días: digital, instantánea, momentánea, aditiva, no narrativa y sin continuidad alguna.

Los selfis, prosigue BCH, tienen carácter lúdico, puesto que la comunicación a base

de fotografías es mucho más susceptible de convertirse en campo de juegos que la comunicación escrita. Del mismo modo, los selfis carecen de la discreción propia de las fotografías analógicas, cuya fuerza expresiva parece surgir del silencio. Por el contrario, son ruidosos, escandalosos, sobredimensionados y acaban por convertirse en máscaras que no permiten la expresión de las personas, tal y como sucede cuando se utilizan poses estandarizadas (p. ej. la ‘duckface’). “Con la lengua fuera y guiñando un ojo, todas parecen iguales” (p.52). Estamos, como se señalaba al principio de este epígrafe, ante seres humanos sin destino y sin historia, capaces tan sólo de vivir lúdicamente cada instante de los que componen su fragmentada vida.

Por motivos de espacio, me he visto obligado a seleccionar uno de los aspectos tratados en esta obra, pero son muchos más: BCH se interesa en su libro por aspectos tan diversos como el Big Data, la Inteligencia Artificial o el modo en que hemos pasado de una sociedad basada en la posesión a una que busca experiencias insaciablemente, entre otros muchos.

Reflexiones críticas

Es muy probable que el tratamiento de cada uno de estos múltiples temas deba ser objeto de su propia crítica, partiendo de bases distintas. Así, en ocasiones servirá decir que BCH parece cuestionar desde presupuestos estéticos aspectos que muy poco o nada tienen que ver con la estética, otras veces creo que se debe subrayar la existencia de textos de Heidegger que iluminan mejor la problemática tratada, y así sucesivamente. Con respecto a los temas elegidos para esta reseña, lo primero que cabe preguntarse es si BCH no estará incurriendo en un modo de pensar similar a la ‘falacia del efecto dominó’: en un momento nos hacemos un

selfi despreocupadamente y enseguida nos vemos privados de historia y de destino. Solicitamos algo a Alexa y al instante siguiente estamos sometidos para siempre a la dominación perfecta. Creo que se requiere un análisis mucho más detallado de todos los pasos intermedios.

Asimismo, pienso que considerar al orden digital como una capa que se añade al mundo, enriqueciéndolo, es una interpretación perfectamente legítima, si bien BCH parece defender la interpretación opuesta, es decir, que este orden digital provoca un empobrecimiento creciente del mundo, a diversos niveles. Aplicando en este caso la conocida terminología de Umberto Eco para el debate sobre la cultura de masas, BCH debería verse como alguien muy próximo al polo ‘apocalíptico’.

Creo que yo estoy mucho más cerca que BCH del polo ‘integrado’; quizás debido a ello, siento escasa afinidad por buena parte de las ideas expuestas en el libro. A mi juicio, el gran valor de los pensadores más críticos es que señalan problemas que realmente existen en la sociedad, y también que apuntan a desafíos que se van a enfrentar de manera inminente. En el caso de BCH, se puede apreciar con claridad el modo en que busca nuevas formas de explotación y de alienación vinculadas con las tecnologías digitales. Sin embargo, uno de los riesgos de estos autores es que siempre parece estar latente la posibilidad de tirar al bebé con el agua de la bañera. Evidentemente, la pujanza de las TIC ha provocado problemas y riesgos graves, pero éstas también han traído innumerables consecuencias positivas, demasiadas para siquiera tratar de listarlas.

En cualquier caso, debe decirse que hay toda una generación que probablemente no entienda nada de lo que cuenta este autor, al que probablemente vean como

un espíritu de los tiempos pasados. Los jóvenes han resignificado el orden digital, haciéndolo suyo de formas en ocasiones altamente innovadoras y, obviamente, impredecibles para BCH (o para cualquiera). Ironizando un tanto, es probable que muchas de las ideas defendidas por este autor en su libro sean leídas por esta generación, si es que les suscitan alguna curiosidad, con el mismo grado de compromiso emocional con que se leen hoy día los mitos de los hititas.

BCH es uno de los filósofos más leídos de la actualidad. Ignoro si esto debe considerarse un elogio o una señal de advertencia, el paso inmediatamente anterior a tomarlo, como ya se ha hecho, por un filósofo pop y por lo tanto, a ojos de muchos agremiados, un filósofo intrascendente. Al respecto, no me parece en absoluto intrascendente. Su éxito de público puede explicarse por otros motivos, entre ellos el estilo ensayístico de escritura e incluso ciertas consideraciones de mercadotecnia cultural. Pero su obra suscita mucha reflexión y trabajo crítico, lo cual siempre es altamente positivo. “No-cosas” constituye a este respecto, sin duda, una excelente ilustración.